

**ANÁLISIS Y COMENTARIO ESTRUCTURAL
DEL POEMA PATRIÓTICO:**

A los Héroes Panameños

**DE LA POETISA ELSIE ALVARADO DE RICORD
Y SU COMPARACIÓN CON OTROS LÍRIDAS PANAMEÑOS
QUE TAMBIÉN LE CANTARON A LA PATRIA**



Editorial Universitaria "Carlos Manuel Gasteazoro"
Panamá, 2000

B.-Análisis estructural de la poesía "A los héroes panameños" de Elsie Alvarado de Ricord

Estamos ante un poema endecasílabo de carácter elegíaco con matices de épico. Esta composición forma parte de la serie de poemas que sucedieron después de la intervención del ejército de los Estados Unidos acantonados en la Zona del Canal de Panamá, cuando en 1964 penetró en territorio bajo la administración del Gobierno panameño y cegó la vida a 23 ciudadanos.

La poetisa recoge el sentir de todo el pueblo panameño y en la primera estrofa de su endecasílabo, le da el epíteto de "mártires" a los estudiantes y obreros que ofrendaron su vida en pos de la causa reivindicadora de nuestra soberanía en la Zona del Canal. Los siente tan íntimamente ligados a su ser, que les llama "compañeros" porque se identifica con la determinación que asumieron al enfrentarse a las balas criminales. Los pechos iban sin protección alguna, pero llevaban el talismán que les dio el denuedo y el vigor adquiridos desde los albores de la vida. Nótese que la autora habla de "niños pobres" lo que permite que pensemos que es una lucha por la sobrevivencia la que le da el coraje y temple necesario al individuo para hacerle frente a las dificultades y vencerlas, y es que de esta manera, luchando por su supervivencia es como se forman los niños de los barrios marginados de Panamá. Así lo entiende Elsie Alvarado, y compungida

por los que se aproximan a la vida con la responsabilidad que eluden ciertos adultos, deja escapar un ¡¡ay!!, que revela toda su amargura y su yo acuso.

El anhelo por ver flamear la bandera nacional en la Zona del Canal, ha sido religión de los estudiantes. Ha sido un ideal permanente y siempre que han podido han penetrado en dicha faja, llevando como única arma la enseña patria.

Por eso la poetisa compara a nuestra juventud con el vigor, la pujanza de donde han podido tomar la firmeza de esas manos que llevaban aquel aciago día, nuestra enseña, que para ella simboliza el advenimiento de nuevos días, el amor al terruño, la defensa a nuestro idioma y el anhelo de paz, porque como muy bien apunta ella, nuestro suelo es generoso y no sabe de mezquindades.

No obstante conocer a los culpables de la masacre, la autora se pregunta asombrada:

¿Quién ha osado segar este prodigio
de corazones jóvenes, colmados
por más de medio siglo de injusticia,
vivas antenas que captar sabían
los acentos más hondos de la Patria?

¿Quién responde con pólvora a las notas
de nuestro Himno Nacional, quién pudo
infestar nuestra atmósfera de gases,
qué soberbia ancestral mueve esas manos
que destrozan así nuestra bandera?

Elsie Alvarado de Ricord interroga ante la temeridad de los que, arrogantes, osaron terminar el palpitar de los juveniles patriotas panameños, palpitar que desbordaba de humillaciones y vejámenes hacinados desde 1855 y luego desde el inicio de la vida republicana. Todos estos vejámenes fueron captados por los mártires, antenas ostensibles que recogieron, oyeron y vivieron los acentos del istmo. El hecho de que el ejército de los forzados vecinos de la Zona del Canal hayan respondido a los estudiantes con fuego de metralla por el único delito de entonar las notas del Himno Nacional en dicha zona, alarma a la poetisa y la hace preguntar: "¿Quién responde con pólvora a las notas de nuestro Himno Nacional?", para luego, en un verso encabalgado, volver a interrogar sobre quién pudo infestar la atmósfera de gases asfixiantes. Estas interrogantes no necesitan respuestas, porque lo único que la poetisa desea es llamar la atención sobre un hecho real, tangible. A través de sus interrogantes lo que está haciendo es una descripción de lo que se dio en la ciudad el 9 de enero de 1964. Ya más directamente, sin rodeo de ninguna clase, se refiere a la "soberanía ancestral" que han heredado los hijos de los

zoneítas; soberbia que les impele a rasgar nuestra bandera, cuando los estudiantes del Instituto Nacional la llevaron a la Zona del Canal para enarbolarla en dicho territorio. La poetisa, como si ignorara las causas de tales crímenes, continúa su interrogante:

¿Por qué regáis la muerte en nuestro suelo,
desleales inquilinos zoneítas?

Obsérvese el vigor con que la poetisa increpa a los que esparcen la muerte sobre el suelo de nuestro país y con el epíteto de "desleales" inquilinos. Les echa en cara su condición de advenedizos y de asumir una actitud no a tono con la condición de amigo. Luego, haciendo un reconocimiento de los pro-hombres de origen estadounidense que lucharon por la libertad y censurando a los que pretendieron cortar esa misma libertad agrega:

No descendéis de Washington, de Lincoln,
vuestra mano no es mano libertaria;
es la mano esclavista, que asesina,
la que codicia, la que ruge armada
por tierra, mar y cielo; vuestros pasos
siembran la indignación en nuestro Istmo;
por vuestros labios hablan solamente
los Teodoro, los Truman, los MacCarthy,
y vuestros corazones no conocen
la esencial hermandad de los humanos.

A manera de recriminación les manifiesta a los estadounidenses residentes en la faja canalera, que no proceden de los paladines de la libertad de los Estados Unidos de Norteamérica, auténticos libertarios; no obstante, las novelas generacionales son lo contrario: cabecilla de la opresión, de la injusticia que con mano férrea somete, esclaviza y asesina. La avaricia los incita y los arrastra a que demuestren orgullosamente su prepotencia terrestre, marítima y aérea. Sus acciones que muy bien podrían ser sinónimo de hermandad y prosperidad, no sólo engendran resentimientos porque sus dueños han heredado la manera de sentir y actuar de Teodoro Roosevelt, Harry Truman y MacCarthy, figuras no gratas y funestas para la república de Panamá y su nación. Desconocen la semántica del término fraternidad. La poetisa insiste en llamarle mártires a los caídos de enero y expresa:

Mártires panameños, inmolados
en pleno florecer, llamas enhiestas
que en un vaho de impiedad ha derribado
al amparo cobarde de los tanques.
Mártires Panameños, niños-hombres
que el hogar y la escuela modelaban,
frentes ya para siempre reclinadas
con el gesto rendido de la muerte.

Por dos veces en esta misma estrofa la autora les confiere el epíteto de "mártires panameños" tal vez para no confundirlos con algunos de los soldados zoneítas caídos en la contienda.

Con términos exactos le^s manifiesta que fueron cegados o destruidos en "pleno florecer"; es decir, cuando apenas comenzaban a vivir. Aunque es en la vida adulta cuando mucho ofrecen lo mejor se supone que la juventud transmite al hombre el dinamismo y el denuedo necesarios para determinar las grandes empresas. O al menos, se espera de esa juventud, mucho para el porvenir. Esas "llamas enhiestas" se erguían impetuosas hacia el cielo de la redención nacional; pero un "vaho de impiedad", el de los yankis, amparados por el arsenal bélico de los tanques, los extermina sin piedad. Nótese el empleo de las dos metáforas usadas por la poetisa para denotar el fuego libertario de la juventud panameña: "llamas enhiestas" y a la fuerza imperialista que trata de impedirlo "vaho de impiedad". Dada la extrema juventud de los valerosos que enfrentáronse al opresor extranjero, la señora de Ricord les denomina "niños-hombres" que, en el vasto seno de la escuela y el hogar se capacitaban y alimentaban su espíritu de futuros patricios. Pero a pesar de esa vitalidad que se oponía al enemigo común del pueblo panameño, ahora solo son "frentes ya para siempre reclinadas con el gesto rendido de la muerte". Porque es de todos sabido que la única rendición definitiva del hombre que lucha y que está convencido de que la causa

por la cual lucha es justa, es la de la muerte. Ante lo jamás imaginado y espantoso de los sucesos, la poetisa formula una serie de interrogantes cuyas respuestas son obvias:

¿Cómo mirar con ojos apacibles?
el silencio cuajado en vuestros labios?
¿Quién mirará sin estremecimiento
el rostro de dolor de vuestras madres?
¿Tiene la patria alguna recompensa
comparable a la vida de los hijos?
¿Acaso el llanto unánime del pueblo,
la protesta del mundo, el grito airado,
llenarán esta ausencia, esa honda herida
que nunca cicatriza: un hijo muerto,
y aquel rincón del alma en que la madre
sigue acunando, aunque en secreto, al hijo?

La densidad de todas las interrogantes no pueden pasar inadvertidas para ningún ser humano, ni aún para los más insensibles. Nadie ha de "mirar con ojos apacibles" "el silencio cuajado" de la muerte. Madre al fin, se siente muy unida al dolor de las madres que han perdido a sus hijos. La poetisa siente dudas de si hay una gratificación tan valiosa que supla "la vida de los hijos". Ella está segura que ni la protesta, ni la solidaridad del mundo, ni el grito altivo, podrán suplir el vacío y menos curar la profunda lesión espiritual que se adhiere a la madre por un hijo

muerto, porque siempre acuna en lo más íntimo de su ser, y sin hacer manifestación de tal, como para que no descubran su inagotable amor que en secreto sigue deparándole al hijo que para ella jamás deja de ser niño. En esta estrofa escrita por una serie de versos encabalgados, Elsie Alvarado de Ricord deja que afloren sus sentimientos de madre. Consciente de la gravedad del instante y de esa verdad imborrable, eterna, continúa:

La sangre de los héroes no es estéril,
es río desbordado que fecunda
con dolor, las entrañas de los pueblos.
Rosa Elena Landecho -trece años-
del maternal regazo desprendida
te ha acogido el regazo de la historia.
José Del Cid, Ricardo Villamonte,
estudiantes, obreros, no habéis muerto
crecéis en la Avenida de los Mártires
como banderas vivas de la patria.
Los héroes no yacen en la tumba,
remueven la conciencia de los pueblos.

La historia recuerda que el derramamiento de la sangre de los hombres que mueren por las causas libertarias de la patria, en vez de marchitar el vigor y sentimiento popular, los hace sublimarse y los eleva a lo más cimero, a la victoria, aún muriendo, porque siembra la semilla que habrá de germinar tarde o temprano. Por

eso la poetisa llama por sus nombres a algunos de los mártires a quienes les manifiesta que serán acogidos por el regazo de la historia como en el caso de Rosa Elena Landecho, quien fue arrebatada del regazo de la madre con apenas 13 años. Al resto de los citados les manifiesta que no han desaparecido porque siguen cual banderas vivientes en la Avenida de los Mártires, nombre que se le dio a la que otrora fuera la Avenida 4 de julio y en donde ofrendaron su vida por la patria algunos panameños. Ellos están allí desde 1964, como el manantial que regará eternamente las semillas de la libertad habida en cada estudiante, en cada obrero, pues la semilla de la historia se encargará de mantener latente su sacrificio en aras de la patria. La lírica termina el poema con una especie de epitafio, el cual consideramos meritorio para tan dignos mártires:

Los héroes no yacen en la tumba:
remueven la conciencia de los pueblos.

Esta es una verdad irrefutable, porque cuando se entrega la vida por una o un ideal que es colectivo, el recuerdo de los caídos en la lucha se convierte de hecho en bandera de reivindicaciones cuyos colores ni filamentos podrán ser destruidos por poder humano alguno.

Nótese que no hay en todo el poema un solo verso de carácter artificioso. Fondo y forma se dan en singular conjugación, para ofrecernos un poema patriótico, valioso

y emotivo. La poetisa emplea un lenguaje depurado y un estilo diáfano, cristalino, muy propio de la primera generación vanguardista.

Al igual que la poetisa, Dra. Elsie Alvarado de Ricord, otros líridas le han cantado a la Patria; estos poetas panameños han interpretado fielmente los conceptos patrióticos y con una estética incomparable, exaltan su amor a la patria, recordándola cómo era antes, cómo es ahora y cómo anhelan que sea en el futuro.

Todos concuerdan en quererla libre y soberana, en la ruta anchurosa del progreso, la unidad nacional, la paz social y la democracia, seguros de que caminando juntos por dicha senda, lograrán alcanzar la felicidad deseada por todos.

Son muchos los líridas que le cantan a la patria con el fin de despertar en el resto de sus hijos, ese amor que por ella deben sentir los nacidos en su suelo, ya que de esa manera aprenderán a sentirla más íntimamente, más personal, más suya, y entonces estarán prestos para defender. Pero a pesar de ello, sólo se considerarán unos cuantos poetas de los más representativos, a nuestro juicio que le cantan a la patria, dado lo extenso de este código. Hay otros que aunque no son representativos de la poesía patriótica, se sintieron motivados en su desarrollo con motivo de los acontecimientos del 9 de enero de 1964. Por ello, he seleccionado a los siguientes autores para analizarlos desde el punto de vista de sus poesías patrióticas.